



les hizo sufrir una derrota completa. Melec propuso entonces á los cristianos que pagáran una pieza de oro por cada uno y tendrían paz y víveres; pero contestaron que los guerreros de la cruz se abrían paso, no con dinero, sino con la espada. Viendo que los turcos se preparaban de nuevo para el ataque, y que su número aumentaba prodigiosamente, Federico decidió, aunque con fuerzas muy inferiores, dar un atrevido golpe de mano y apoderarse de Icona, en donde hallarían víveres y cuanto el ejército necesitaba. En efecto, consiguió su objeto, y el duque Federico se hizo dueño de la ciudad, mientras los turcos huían por todas partes y morían 10.000 en la jornada. El sultan, que se había retirado á una fortaleza, pidió la paz á los tres días, y Federico propuso condiciones benignas; que se le diesen rehenes, guías seguros y víveres, las cuales fueron aceptadas en seguida.

Libre de este modo el camino de Siria, y después de haber atravesado el territorio del príncipe cristiano de Armenia, que les proporcionó víveres, el ejército se puso en camino de Seleucia. Mas como al pasar un río el puente fuese demasiado estrecho y el emperador quisiera unirse cuanto antes á su hijo, resolvió pasarle á nado. Lanzóse al río con su caballo y las olas le arrastraron de tal modo, que cuando acudieron en su auxilio y le sacaron ya estaba muerto. De este modo murió el emperador Federico Barbarroja, á la edad de setenta años, y en el momento que merecía la estimación y afecto de toda la cristiandad. Su muerte causó profunda pena en el ejército, y no fué menor el dolor de la Europa entera al saber esta infausta nueva.

Entonces el ejército alemán reconoció por jefe al duque Federico de Suabia; pero la disciplina se relajó, muchos abusaron de la abundancia, enfermaron y murieron, y otros, faltando á su voto, se volvieron á Europa. El duque Federico, con el resto, llegó á Tolemaida, en donde peleó valerosamente hasta que murió.

Los cristianos que sitiaban á Tolemaida esperaban con impaciencia la llegada del emperador Federico, cuando recibieron la noticia de su muerte, que les llenó de consternación. Poco después llegó á la rada de Tolemaida una flota que desembarcó muchos franceses, ingleses é italianos, y esto reanimó la esperanza de los cruzados. A la aproximación del invierno, se hizo sentir el hambre, que unida á las lluvias causó gran mortandad, siendo una de las víctimas el duque Federico de Suabia, que murió el 20 de Enero del año de 1191,

después de haber creado una orden religiosa y militar para disminuir estos desastres.

Cuando la ciudad de Jerusalem fué habitada por los cristianos, un virtuoso alemán que vivía en ella con su mujer fundó un hospital, con oratorio para recoger á los pobres y enfermos de su nación, y después se unieron á él algunos caballeros que hicieron voto de consagrarse al servicio de los pobres. Renovada esta devoción, durante el sitio de Tolemaida, por unos cruzados alemanes de Brema y Lubeck, que se compadecían de los enfermos del ejército, se concibió la idea de formar una tercera orden militar, á imitación de la de los Templarios y Hospitalarios de San Juan. Aprobado el pensamiento por los preladados y señores, Federico de Suabia consiguió que el papa Celestino III, que acababa de suceder á Clemente III, la aprobase con el título de orden de los caballeros Teutónicos de la casa de Santa María de Jerusalem. Su primer maestro fué Enrique de Valpot, elegido durante el sitio de Tolemaida, y que murió en el año de 1200.

La misma caridad que impulsó á los cruzados de Lubeck y Brema á fundar la orden de los caballeros Teutónicos, movió también á San Juan de Mata y San Félix de Valois á consagrarse á reducir cautivos y fundar en Francia la orden de los Trinitarios.

Juan de Mata nació á mediados del siglo XII, en Faucon, en las fronteras de la Provenza; mostró desde tierna edad una caridad extraordinaria hacia los pobres y enfermos, estudió teología en París y escribió las *Sagradas ordenes*. Estando celebrando su primera misa, formó, por inspiración del cielo, la generosa resolución de consagrarse á la redención de cautivos en naciones infieles. Con este propósito se retiró á un lugar solitario para dedicarse á la oración y ejercicios de penitencia y atraer hacia sí las luces del Espíritu Santo.

Por la misma época, San Félix de Valois que había nacido en el año 1127, abandonando la Sicilia, en donde tenía bienes considerables, se había retirado á un bosque en la diócesis de Meaux para ocuparse únicamente en su santificación. Juan de Mata oyó hablar de él y se marchó á buscarle suplicándole que le instruyese en los caminos de la perfección: Félix le admitió como á un compañero, y desde entonces vivieron juntos. Un día Juan manifestó á Félix su pensamiento de consagrarse á la redención de cautivos, y como á éste pareciese bien y se asociase á él, juntos marcharon á Roma: se presentaron al papa Inocencio III (año 1197) y le expusieron su proyecto. El



papa, después de oír á los cardenales, creó la nueva orden, que quiso se llamase de la Santa Trinidad, y de la que declaró á Juan primer ministro general, mandando además que los nuevos religiosos llevasen hábito con una cruz roja y azul en el pecho.

En tanto los cristianos sufrían bajo los muros de Tolemaida los rigores del hambre, de la peste y de la guerra, y para colmo de desgracias surgió entre ellos la discordia con motivo de la corona de Jerusalem que pretendían, á la muerte de la reina Sibila y de sus dos hijos, Gui de Lusignan su esposo, y Conrado, marqués de Tiro, que se había casado con Isabel, hermana de Sibila. Los obispos lograron al fin calmar los ánimos y aplazar este asunto para que le resolviesen los reyes de Francia é Inglaterra, á quienes se esperaba muy pronto.

Felipe Augusto llegó el 13 de Abril del año de 1191, y con su presencia reanimó el espíritu de los cruzados. Ricardo se hizo esperar algo más. Partió de Mesina el 13 de Abril, y habiéndole sorprendido una tempestad, fueron á parar algunos de sus navíos á las costas de la isla de Chipre, en donde Isaac Commeno, que se había declarado emperador de Chipre y aliado de Saladino, lejos de auxiliar á los naufragos, les despojó é hizo prisioneros. Poco después llegó Ricardo con el resto de la flota, y como Isaac desatendiese su reclamación, desembarcó con sus tropas y derrotó á los griegos, hizo prisionero á Isaac y se apoderó de toda la isla. Partió de Chipre, y después de echar á pique en el camino á un navío musulmán, llegó al campo de los cristianos, que le recibieron con grande entusiasmo.

En el ejército cristiano hubo algunas disensiones entre los dos reyes, que siendo muy amigos cuando Ricardo no era más que príncipe, sufrió algo su amistad por los intereses políticos cuando los dos fueron reyes. Otra causa de disensiones era también la pretensión á la corona de Jerusalem de Gui de Lusignan y Conrado de Montferrat, hasta que se resolvió que Gui conservaría el título de rey durante su vida, y que después le sucederían Conrado y sus descendientes. También se convino en que mientras uno de los dos monarcas atacase la plaza, el otro velaría por la seguridad del campo, y contendría al ejército de Saladino, y de este modo se restableció la buena armonía entre los cruzados.

Desde entonces los cruzados redoblaron sus esfuerzos contra la plaza, y los sitiados, sin socorros ni medios de defensa, capitularon para salvar la vida, prometiendo entregar el

leño de la verdadera cruz, con 1.600 cristianos que tenían prisioneros, y pagar 200.000 piezas de oro.

Después de la rendición de la plaza, que tuvo lugar el 13 de Julio del año de 1191, después de más de dos años de sitio, el rey de Francia, que estaba enfermo y disgustado con el rey de Inglaterra, se embarcó para Europa, dejando el mando de 10.000 franceses á Hugo III, duque de Borgoña, que murió en Tiro al año siguiente. Felipe Augusto desembarcó en Otranto, y se dirigió á Roma, en donde el papa les absolvió de su voto á él y á los suyos, porque no habían cumplido el tiempo, y les dió palmas y cruces suspendidas al cuello, declarándoles peregrinos.

Desde Tolemaida, los cristianos, en número de 100.000 y á las órdenes de Ricardo, se dirigieron á Jope. Al llegar á las llanuras próximas al río Leddar, se encontraron con 200.000 musulmanes, que les esperaban para disputarles el paso. Ricardo se preparó desde luego al combate, y trabada la pelea, que fué sangrienta, el ejército de Saladino fué vencido tres veces, perdiendo 8.000 soldados y 32 emires, mientras que á los cristianos sólo costó la victoria 1.000 guerreros, entre los cuales reconocieron con profundo dolor á uno de sus jefes más intrépidos, al ilustre Jacobo de Avesnes.

Saladino decidió entonces destruir las ciudades y fortalezas que no pudiese defender, y cuando el ejército cristiano llegó á Jope, halló derribadas sus murallas y sus torres.

Los jefes principales se reunieron en consejo para acordar si habían de dirigirse contra Jerusalem ó dedicarse primero á fortificar las ciudades y levantar las murallas que hallasen derribadas á su paso. Esta última opinión prevaleció, y desde luego principiaron á levantar las murallas de Jope. Por esta época fué cuando Ricardo estuvo expuesto á caer en manos de los turcos, que lo sorprendieron estando de caza, y se hubieran apoderado de él á no ser por los gritos de un caballero francés, que dijo: «Yo soy el rey, salvadme la vida.» con lo cual llamó sobre sí la atención de los musulmanes, que le cercaron y prendieron, llevándole á la presencia de Saladino, quien le tuvo prisionero hasta que Ricardo dió por su rescate diez y seis emires de los que tenía en su poder.

En la primavera del año 1192, Ricardo recibió en las llanuras de Ascalon mensajeros de Inglaterra que le anunciaron que su reino estaba agitado por los complots de su hermano Juan, llamado Sin Tierra; en vista de esto, anunció en un consejo de jefes que los intereses de su corona le harían volver pronto á Oc-



cidente. Entonces los cruzados, sintiendo la necesidad de su partida, propusieron elegir un rey que conciliase los ánimos, y todos designaron á Conrado, á quien no amaban, pero cuya habilidad y bravura estimaban. Ricardo accedió á estos deseos, y Conrado fué nombrado rey; pero pocos días despues y cuando volvía de su festin, en medio de públicos regocijos, fué muerto por dos asesinos enviados por el Viejo de la Montaña, á quien, segun un historiador árabe, Saladino habia ofrecido 10.000 piezas de oro si hacia asesinar al marqués de Tiro y al rey de Inglaterra. Los habitantes de Tiro, al verse sin jefe y sin señor, suplicaron á Enrique, conde de Champaña, que tomase las riendas del gobierno y se casase con Isabel, viuda de Conrado; Enrique rehusó al principio; pero al fin tuvo que ceder á sus instancias, y se celebró el matrimonio solemnemente. Esta union agradaba á ingleses y franceses, porque Enrique era sobrino de los dos reyes de Inglaterra y Francia, y Ricardo cedió al nuevo rey todas las ciudades cristianas que habia conquistado. Ricardo en tanto flotaba en la incertidumbre; unas veces queria embarcarse para Inglaterra, que reclamaba su presencia, y otras queria quedarse en Palestina, en donde no era ménos necesaria. Una llevó su ejército cerca de Jerusalem, y al contemplar desde las alturas de Emaus la Ciudad Santa, vertió abundantes lágrimas considerándose indigno de mirar la ciudad que sus armas no habian podido libertar. Desvolvió sobre sus pasos. En medio de su incertidumbre, no dejaba pasar un solo día sin armar algun estrago á los musulmanes.

En una ocasion en que Saladino habia recibido refuerzos, salió de Jerusalem para sorprender á Jope; despues de varios asaltos tomó la ciudad, y ya iba á capitular la ciudadela en que se habia refugiado la guarnicion, cuando llegó Ricardo, que venia por mar de Tolemaida; saltó al agua, que le llegaba á la cintura, y penetró en la ciudad, arrojando de ella á los turcos y plantando sus tiendas en la llanura en que poco ántes habia tenido las suyas Saladino. Despues de reunir sus guerreros con los de la ciudadela, apenas contaba con 2.000 combatientes. Tres días despues los turcos tratan de sorprenderle en su campo; los cristianos salen al combate medio desnudos, y algunos en camisa, y rechazan varias veces á sus innumerables enemigos; entónces le anuncian á Ricardo que los sarracenos han penetrado en la ciudad, y seguido sólo de dos caballeros y algunos ballesteros, corre en su auxilio, los arroja de ella y vuelve á la llanura, en donde sus tropas luchaban con la caballería musulmana.

Á la sola vista de Ricardo tiemblan los más valientes musulmanes; el siempre invencible é invulnerable lleva la muerte consigo, y concluye por lanzarse con tal ímpetu entre las filas de los infieles, que desaparece á la vista de sus guerreros. Cuando volvió en medio de los cruzados, que le creian muerto, su caballo estaba cubierto de sangre y polvo, y él mismo todo erizado de flechas. Cuando despues del combate Saladino reprendia á sus emires por haber huido ante un solo hombre, le contestó uno de ellos: «Nadie puede sufrir sus golpes; su ímpetu es terrible, su golpe es mortal, y sus acciones son superiores á la naturaleza humana.» Los mismos cristianos no podian explicarse esta victoria extraordinaria, que atribuian al poder divino.

Tantos prodigios de valor decidieron á Saladino á hacer la paz. Se ajustó una tregua de tres años y ocho meses, conviniendo en que Jerusalem quedaria abierta á la devocion de los cristianos, que éstos poseerian la costa marítima desde Jope hasta Tiro, y que Ascalon, sobre la que unos y otros tenían pretensiones por considerarla como llave de Egipto, sería de nuevo demolida. Proclamada la paz, casi todos los cruzados quisieron visitar aquella Jerusalem que no habian podido libertar, y para ello se dividieron en caravanas, que penetraron en la Ciudad Santa sin armas, teniendo Saladino que hacer uso de su poder para que los mahometanos respetasen los derechos de la hospitalidad. El obispo de Salisburi, que hacia la peregrinacion en nombre de Ricardo, fué recibido con distincion por Saladino, que le enseñó el leño de la verdadera cruz.

Durante el sitio de Tolemaida, Ricardo, que necesitaba dinero, empeñó la isla de Chipre á los caballeros Templarios por 25.000 marcos. Una vez en la isla estos caballeros, y sabiendo que los griegos habian fraguado una conjuracion para asesinarlos, se encerraron en número de ciento en el castillo de Nicosia, capital de la isla, en donde les cercaron los griegos. Buscando los Templarios una muerte gloriosa, hicieron una salida, y en vez de la muerte lograron la victoria. Al tener noticia de estos sucesos los Templarios que estaban ante Tolemaida, dijeron á Ricardo que no querian guardar una isla habitada por gente tan traidora como cobarde, y en vista de esto Ricardo se la cedió á Gui de Lusignan, ex-rey de Jerusalem, á condicion de que reembolsase á los Templarios lo que le habian prestado. Lusignan pobló la isla con colonos de Armenia y Antioquia, dió asilo á los habitantes de Palestina, despojados por los turcos, y de este modo principió el reino de



Chipre, que duró trescientos años bajo el dominio de diez y siete reyes, hasta que por donacion pasó á manos de la república de Venecia.

Despues de la tregua celebrada con Ricardo, Saladino se retiró á Damasco, en donde murió al poco tiempo en medio de sus proyectos de conquistas. Él era el voraz incendio que amenazaba reducir á cenizas á toda la cristiandad, y la tercera cruzada fué la que detuvo los progresos de este incendio y le hizo consumirse en sí mismo.

Ricardo Corazon de Leon, que se habia embarcado para Europa en Octubre del año 1192, no veía una tierra amiga adonde abordar, pues en Francia debia temer el resentimiento de Felipe Augusto, en Italia á la poderosa casa de Montferrat, que le acusaba de haber procurado la muerte del marqués de Tiro, y en Alemania al duque Leopoldo de Austria, á quien habia ultrajado en Alemania. Al fin una tempestad le hizo naufragar en las costas de Dalmacia, desde donde marchó á Viena, donde fué descubierto y hecho prisionero por Leopoldo, duque de Austria, que se vengó de él como un especulador judío, vendiéndosele el emperador Enrique VI, que á su vez le vendió á sus súbditos. Cuando supieron esto el rey de Francia y Juan, hermano de Ricardo, ofrecieron á Enrique VI una cantidad mayor si se le queria vender á ellos. En medio de esta escena, propia de los negros de África, sólo un hombre supo revindicar los derechos de la justicia y de la humanidad, y este hombre fué el pontífice romano, que por tan vergonzosa venta excomulgó en 1193 al duque de Austria y lanzó el interdicto sobre sus tierras, sin alzarle hasta que, á la muerte de Leopoldo, cumplió su sucesor las condiciones impuestas por el papa. La misma severidad empleó contra el mismo emperador por hacer justicia á las quejas del pueblo y de la reina de Inglaterra.

Al mismo tiempo otra reina imploraba tambien su auxilio. La reina de Inglaterra, Isabel, habia perdido á su primera mujer, Isabel de Hainaut, se casó de segundas nupcias con Ingeburga, hija de Canuto III, rey de Dinamarca; pero á pesar de la belleza y virtudes de esta princesa, sintió al poco tiempo tan grande aversion hacia ella, que hizo que su tío, el arzobispo de Reims, en un parlamento de prelados y señores de su reino, declarase nulo el matrimonio, fundándose en que habia parentesco entre Ingeburga y la difunta reina Isabel. Ingeburga acudió entónces al papa, y Celestino III envió dos legados, que volvieron á Roma sin conseguir nada, en vista de lo cual el pontífice escribió á Miguel, arzobispo de Sens, quejándose de que se hubiese decidido en asunto de tal importancia sin consultar á la Santa Sede, segun máxima establecida por los cánones para las causas mayores, y mandándole que en caso de que el rey, viviendo aún la princesa Ingeburga, quisiese contraer matrimonio con otra, se lo prohibiese expresamente en su nombre. Mas á pesar de esto, Felipe Augusto se casó en el mismo año (1196) con María, hija del duque de Bohemia y de Merania. Quejose de nuevo Ingeburga á Celestino III, á quien sorprendió la muerte ántes de que pudiese hacerla justicia.

bien la proteccion de la Santa Sede contra un rey, su esposo.

Entre tanto el rey Ricardo, que habia recobrado su libertad, llegó á Inglaterra el 12 de Marzo del año 1194; Huberto, arzobispo de Cantorberi, salió á recibirle cerca de esta ciudad, y al encontrarse se abrazaron tiernamente. Por consejo de los obispos, Ricardo se hizo coronar otra vez solemnemente en Winchester, y desde entónces el arzobispo Huberto tuvo en Inglaterra la principal autoridad despues del rey, que le hizo su canciller, regente del reino en su ausencia, y obtuvo para él del papa Celestino la legacion de Inglaterra.

Entre tanto el rey Ricardo, que habia recobrado su libertad, llegó á Inglaterra el 12 de Marzo del año 1194; Huberto, arzobispo de Cantorberi, salió á recibirle cerca de esta ciudad, y al encontrarse se abrazaron tiernamente. Por consejo de los obispos, Ricardo se hizo coronar otra vez solemnemente en Winchester, y desde entónces el arzobispo Huberto tuvo en Inglaterra la principal autoridad despues del rey, que le hizo su canciller, regente del reino en su ausencia, y obtuvo para él del papa Celestino la legacion de Inglaterra.